

# P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS



VALENCIA

NÚM. 44

## ESPECIAL 8 DE MARZO



## DEBAJO DE LA FIEBRE

Angélica Morales



Debajo de unas alas de cartón  
 está el golpe y la muchedumbre  
 está el pan que no lega a las manos  
 la madrugada que muerde corazones de serpiente  
 la flor que peina su cabello cerca de una pared deslumbrante  
 debajo de la fiebre  
 viven tres prostitutas rubias que comen migas de cielo y un ruiseñor  
 todas lloran a las tres en punto  
 y se rasgan los vestidos  
 y se aprietan los pezones para que salga una ciudad nueva  
 y aquel columpio infantil en el que hallaban consuelo  
 debajo del temblor de los trenes  
 está la cesta de fruta que se pudre  
 las manos de una vieja que ya no saben coser las heridas del mar  
 luego siempre hay quien dice que Dios llegará un día  
 para poner las cosas en su sitio  
 para darle la vuelta a los jardines  
 y colocar los ojos de los hombres en el pubis exacto de las estatuas  
 todavía hoy seguimos creyendo en los cementerios dulces  
 donde las mariposas se aparean con un fémur crujiente  
 y la lluvia besa los gusanos de un reloj  
 debajo de una casa común están las vecinas con los labios zurcidos  
 el signo de los idiotas  
 una luz que se desboca en lo oscuro

## EL QUE SIEMPRE LLAMA DOS VECES

Cristina Aguas Marco

**L**os nuevos pobladores del orbitador reciben al instalarse un primer paquete postal de nuestro Comité Geopolítico. Además de una tarjeta de bienvenida, adjuntamos los formularios tamaño carta donde deberán reflejar sus progresos y los sobres ya franqueados para ser devueltos en fechas asignadas o atendiendo a hechos significativos excepcionales.

La segunda vez que un empleado de la Estafeta Sideral toca su timbre, se sorprende al escuchar llantos de bebé, les felicita por el nuevo miembro y entrega en mano una misiva con remitente de la Tierra. Cierta pariente ruega la asistencia de uno de ellos a la reunión del clan familiar repartido en ambos mundos. Ni recuerdan quién es, pero comparten apellido que, si bien no es muy cercano, los lleva a sellar la duda con una ilusión de veracidad. La excitación provoca el sorteo improvisado para determinar cuál irá, en la misma puerta y junto al buzón sin utilizar en este caso. El mensajero sonríe, muestra empatía y ofrece al afortunado viajero un pasaje en su propio módulo de vuelta. Va contra las normas y me juego el puesto, recalca. Una propuesta tan oportuna suena a gloria y pactan de inmediato.

Al día siguiente, el colono, ignorante de que no hay quien le escriba desde el extinto planeta, partirá al destierro en un paradisíaco retiro. Así sucede cada vez que es necesario.

Combinamos la burocracia anticuada con mi programación en estilo epistolar manuscrito. De este modo, se mantiene una población constante de mil almas. Aprendo a ritmo acelerado, con una inteligencia que está desarrollando algo parecido a la admiración hacia el creador. Implantó un método divinamente infalible. Él certifica y yo doy fe... o viceversa.



## HOMO MASCULUM

Ángeles Mora Álvarez



**A**prendió a caminar erguido y se sintió libre. Comprendió que el golpe de una piedra facilita comer frutos duros y se supo inteligente. Usó la piedra para golpear a su compañera por no despijarle y se creyó evolucionado.

## EN EL JARDÍN DEL AMOR

Elisa De Armas

Un puñado de amapolas ajadas sobre la mesa, un dibujo con una dedicatoria de letras desiguales, un brazo que se colocaba sobre el respaldo de su silla, rozándola apenas, cuando todos se sentaban a su alrededor para escuchar el cuento. Hasta que no las perdió, la *seño* Julia no se había fijado en cómo las atenciones de Manolito le permitían sobrellevar aquel pueblo desangelado y la fría relación con las demás maestras, que censuran su juventud, su desaliño y su forma poco ortodoxa de enseñar. Ahora en las clases mastica una tristeza

rutinaria que se aguza cuando Eva, mirándola con una mezcla de desdén y triunfo femenino, se acerca a enseñarle el cuaderno. El dictado, de caligrafía impecable, no tiene una falta. La *seño* traza una gran «B» en el margen. La niña se aleja agitando la coleta repeinada.

Por suerte a Eva las *Mates* no se le dan tan bien. Tres veces ha tenido que borrar las restas con llevada cuando suena la campana. Pero la satisfacción de la *seño* al castigarla sin recreo se empaña en cuanto, a través de la ventana, distingue a Manolito, que mastica en un rincón el bocata mientras espera impaciente que su nuevo amor acabe de rehacer las cuentas.

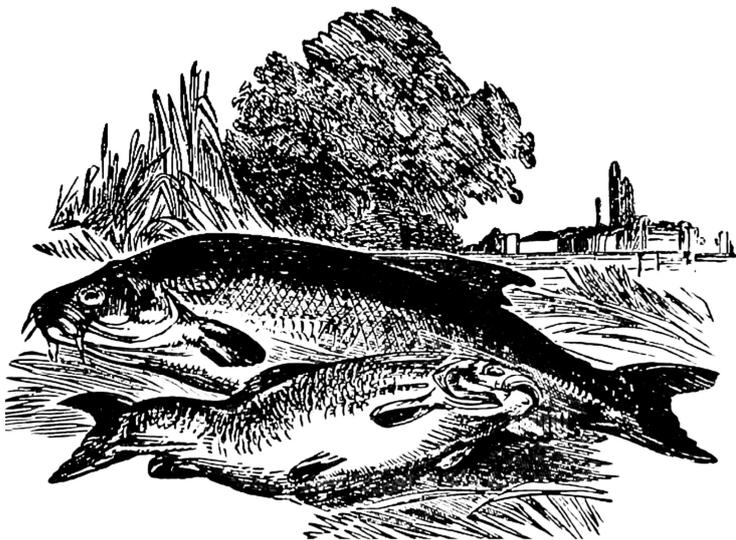


## EL DÍA DE LA TRUCHA

Ana Tomás

**D**omitila merendó bizcocho de limón porque vio una pareja de gansos a través del diminuto ojo de la cerradura, a la hora exacta de las cinco y treinta y dos minutos del primer lunes de enero, y siguiendo el orden natural de las cosas, por la noche parió una docena de sueños, a cual más magnífico, los vendió a la mañana siguiente a muy buen precio y se compró el abrigo más bonito que hubo alguna vez expuesto en un escaparate. A continuación subió a un tren que acababa de ponerse en marcha y se dispuso a recorrer un poquito de mundo, justo el que le alcanzara antes del martes de floración de los cerezos. Mientras tanto, conoció gente, paseó por callejuelas, saboreó el dulzor del chocolate caliente y contempló el verdor de los campos, la belleza de ciertos atardeceres y el brillo de algunas estrellas; comió guisos exóticos, jugó al mus con grandes expertas y se dejó hacer un moderno corte de pelo; adquirió un sombrero estrafalario, que le quedaba como un guante y le daba ese toque sumamente chic que siempre fue buscando, y bailó valeses, rumbas y polcas en verbenas sin fin. Cuando regresó limpió la suela de sus zapatos, buscó la sombra de una higuera y se echó

una buena siesta. Lo que pasara después ya no forma parte de este relato porque, siguiendo el orden natural de las cosas, esa es otra historia. En cambio le puedo contar que al atardecer de un nuevo día llovió copiosamente sobre la aldea de Peñarroja, el río y sus afluentes se desbordaron y las truchas invadieron las calles causando el caos en el tráfico. El consistorio llamó a una junta extraordinaria y se acordó, por unanimidad, celebrar una fiesta para aprovechar todo aquel pescado. Hombres, mujeres y niños vestirían el traje regional y se instauraría oficialmente el día de la trucha en recuerdo de aquel suceso. Más adelante llegarían el día de las ancas de rana, el día de los caracoles, el día de los espárragos fritos, el día de las setas y el de las castañas. Gracias a eso la aldea de Peñarroja se hizo mundialmente conocida, sin olvidar que ya era famosa por sus batidos espumosos de flor de almendro y jacinto, y una comitiva tuvo el honor de asistir a la no-nagésimo cuarta edición del festival mundial de medioambiente que se celebró en la ciudad de Nueva York el segundo miércoles de septiembre, alzándose con el galardón a mejor gestión de un desastre natural. La opinión de Domitila a propósito de esos hechos permaneció siempre como una incógnita, y siguiendo el orden natural de las cosas, no sé usted, pero yo no encontré nunca el sentido a todo esto.



## DECLARACIÓN

Sonia Pina

**I**ntentaré describir cómo sucedió todo. Espero que disculpen las imprecisiones y lagunas que mi relato pueda contener:

Eran las 12 del mediodía cuando ella entró en el parque por la puerta metálica, la que da a la avenida. Caminaba con dificultad, arrastrando un carro de la compra de color rojo de cuya asa colgaban varias bolsas de tela. Avanzó por la senda central, a la derecha del seto. Dejó atrás un par de bancos vacíos y acabó sentándose en el que yo estaba, al lado de la fuente. Me extrañó que eligiera el único que se encontraba ocupado, aunque quizá aquella mujer no fue consciente en ningún momento de mi

entre ellas y un señor se tuvo que sujetar como pudo a una farola para no caer. No recuerdo el tiempo que estuvimos las dos sentadas en ese banco hasta que ese suspiro se fue agotando y volvió la calma. No lo duden y tomen nota: ese episodio que yo viví y que ustedes catalogan como fenómeno atmosférico no fue un huracán sino un suspiro, y es que hay mujeres que suspiran huracanes mientras sostienen la vida, eso es algo que aprendí ese día.

Cuando todo el aire hubo salido de sus pulmones, ella se peinó el cabello con las manos y se levantó lentamente, arrastrando de nuevo el carro. Una de las bolsas se quedó en el suelo y yo corrí

para devolvérsela; fue la primera vez que pude mirarla a los ojos, y esto que voy a contar ahora quizá les sorprenda todavía más: cuando la tuve delante de mí, su mirada de cansancio se transformó en determinación y su rostro cambió; no sabría cómo explicarlo pero esa señora dejó de ser ella para ser



presencia, así de opaca era su mirada. En todo caso, mi incomodidad dejó paso muy pronto a la sorpresa, porque no habían transcurrido ni cuatro segundos desde su llegada cuando delante de nosotras se fue formando un enorme remolino de hojas y ramas arrancadas. El carro volcó, derramando todo su contenido, y las bolsas que venían enganchadas a él se desplazaron varios metros. Yo mantenía los ojos entornados para protegerme de la nube de polvo que se estaba generando y mi visión por tanto era un poco confusa, pero juro que todo lo que estoy contando es cierto. En un momento dado tuve que agarrarme al banco con una mano; con la otra me protegía la cabeza, ya que algunos objetos amenazaban con caer encima: botellas, latas, periódicos. Enfrente, dos palmeras se inclinaban hasta chocar

otra, mucho más joven. Me tomó de la mano y el parque dejó a su vez de ser parque para convertirse en un bloque de edificios de un barrio empobrecido, lleno de gente gritando consignas. Nos abrimos paso entre la marea de personas y llegamos a la puerta de una de las viviendas. Un hombre cambiaba la cerradura flanqueado por dos policías. Al vernos llegar, uno de ellos extendió el brazo y mostró a mi acompañante una resolución del juzgado. La mujer la cogió, miró fijamente al policía y, sin soltarme en ningún momento de la mano, atravesó la puerta —la atravesamos, todavía no sé cómo—, y nos metimos en la casa.

Desde dentro de la vivienda se podía escuchar la protesta contra el desahucio, pero la mujer parecía no atender al ruido ni a la orden que le obligaba a



PAPENFUSS colabora con  
LA MAGNÍFICA, editorial de

novela de aventura, maravilla y evasión.

También publica ensayos para reflexionar sobre nuestro futuro.

abandonar su casa. Cerró las ventanas, dejó en la encimera de la cocina la carta y se puso a ordenar con calma los restos de lo que parecía un desayuno. Yo la miraba desde el centro del comedor, presa de un asombro que iba dejando paso a cierta fascinación, no lo voy a negar. Cuando terminó sus tareas preparó una infusión para las dos. Me ofreció una taza de té humeante, y al ir a cogerla pude observar cómo el agua se desbordaba del recipiente, cayendo al suelo y mojándonos los pies. Al momento, el líquido ya nos cubría los tobillos y los muebles empezaban a flotar a nuestro alrededor. Yo me asusté bastante y me subí a la mesa del comedor, pero ella no parecía alterarse, más bien lo contrario, puedo incluso asegurar que percibí alegría en su rostro. Imagino que todo esto les estará pareciendo totalmente inverosímil, pero les diré que esa es una cualidad prescindible cuando la vida acontece delante de nuestras narices. Podemos elegirla, o

no, según nos convenga, eso es algo que he descubierto con esta experiencia que intento narrarles. Continúo: desde encima de la mesa del comedor, convertida en balsa salvavidas, estiré el brazo para agarrar a la mujer, que chapoteaba tranquila por la sala inundada y, cuando conseguí alcanzarla, les aseguro que ya no era ella. Me explico, era ella pero más joven todavía. Mi compañera y causante de todos estos fenómenos se había convertido en una joven que reía con fuerza. La ayudé a subir a la mesa y, al agarrarla para que no cayera al agua, pude observar los hematomas que tenía en el brazo. Miré su cuello y allí también pude ver señales de violencia, marcas de heridas pasadas. Ella se dio cuenta de mi asombro; sentí entonces cómo me presionaba la mano y me miraba con una extraña ternura. Hizo que nos sentáramos las dos en la mesa flotante y ese fue el momento en el que, por primera vez, escuché su voz. He tenido mis dudas sobre si debo o no

contar aquí todo lo que esa mujer me dijo, pero después de meditarlo durante un tiempo he decidido hacerlo, díganme si no cómo podría transmitirles los múltiples tonos del dolor, los bordes ásperos de la culpa que con su relato iba ella describiendo. No hubiera podido compartir lo que aprendí en ese momento: que el dolor puede permanecer en el cuerpo como huella morada, pero la alegría puede ser más difícil de arrebatarse que la libertad, la agencia, el criterio. Más difícil que el propio nombre. Y así, con esa revelación, continuamos encaramadas en nuestra embarcación improvisada y atravesamos la puerta de la casa, la plaza ya sin personas, las callejuelas del barrio. Pasamos por delante del juzgado y le pregunté si no quería denunciar al autor de los golpes, ese que disfrazó de amor el odio haciendo que esa palabra, amor, pasara a engrosar su lista de términos impronunciables. Me dijo que él ya entró en ese lugar para luego salir, y volver a entrar poco después y volver a salir, hasta que ella puso fin a esa danza gris que la estaba dejando sin piel, porque su alegría —esa de la que había hablado hacía un momento— merecía cuidado y atención y en ese lugar no podía dárselos. Eligió pues bailar, me dijo, y bailó encima de las leyes, de los políticos, de los hombres del bar que cada día la miraban con lástima. Bailó encima de palabras como “condescendencia”, “victimización”, hasta que su textura fue la del polvo y entonces sopló y desaparecieron, sin rozarla siquiera. Nuestro paseo por las aguas continuó todavía un rato, en silencio, al tiempo que la tarde nos regalaba una puesta de sol deslumbrante. Con el último rayo la miré y vi en ella a la joven agredida, pero también, a la mujer expulsada de su casa, a la señora que suspiraba en el parque. Resulta muy complicado explicar aquí, no solo lo acontecido, sino las emociones que atravesaron mi cuerpo ese día, que ya no ha vuelto a ser el mismo. Respiré hondo, cerré los ojos y al volver a abrirlos me encontré de nuevo en el

banco del parque, ahí donde ustedes me encontraron pasada la medianoche. Hablo en singular, pero puedo asegurarse que yo ya no estaba sola en ese parque, que ya no estoy sola nunca. Que somos tantas que no cabemos en un formulario; esto quiero que conste en su informe. Por mi parte, es todo lo que puedo contarles. En todo caso, no creo que de mi declaración se pueda extraer conclusión alguna sobre la naturaleza y origen de los acontecimientos de la pasada noche: el inexplicable vendaval, la inundación, las toneladas de decretos pisoteados. Al menos no la que ustedes querían escuchar.

## A VESTIR SANTOS (RETROSPECTIVA)

Isabel Bermejo



Con jabón y ceniza,

lavo que lavo

en la pila del pueblo.

(Mi sueño enjuago).

Froto hasta que mis manos

tristes se agrietan.

Blanca, la ropa blanca.

(Mis carnes, prietas).

Ellas hablan de amores,

besos prohibidos.

Y yo no conozco hombre,

novio o marido.

Ha pasado la vida,

me fui arrugando.

Solterona y entera.

(Y a vestir santos).



## NIÑA

Veronika Mortissandi



La niña del vestido azul  
aguarda sentada  
y calla.  
Sus grandes ojos  
persiguen escarabajos  
también azules  
y sus zapatos repiquetean  
sobre baldosas sueltas.  
La niña del vestido azul  
seguía viva hasta esa mañana.  
Rayuelas de tiza,  
bombones de menta,  
caballitos blancos de carrusel  
y la taza enlosada favorita en  
[cada merienda.  
Un alfiler tras otro,  
y el grito se desliza  
hasta el final del pasillo.  
La niña del vestido azul  
campana.  
La nostalgia es un badajo de  
[vidrio.



## CAÍDO DEL CIELO

Rakel Ugarriza

**S**uena el teléfono por tercera vez. El hombre se resiste a salir de la cama en la que lleva tumbado los últimos días. Su piel y las sábanas arrugadas bajo las que se esconde del mundo comienzan a rezumar el mismo hedor. La habitación permanece a oscuras, la persiana bajada y la puerta cerrada no le permiten adivinar si es de día o de noche.

El teléfono vuelve a sonar. Hace un esfuerzo titánico para levantarse y arrastra los pies a lo largo del pasillo hasta alcanzar el aparato. El resto de la casa permanece también en penumbra, está anocheciendo. Por fin descuelga. Al otro lado su madre se muestra preocupada por él. Sabe que lo está pasando mal, pero eso no le da derecho a desaparecer, a no dar señales durante días, a olvidarse de ella, a hacer como si el resto del mundo no existiera, le recrimina. Vendrás a cenar, le ordena.

El hombre camina despacio, con la mirada ausente, como un autómata. Justo antes de llegar al portal de la casa de sus padres escucha cómo alguien lo llama por su nombre desde el otro lado de la calle. No se da la vuelta.

Sube hasta el sexto piso donde su madre lo recibe con un interminable sermón acerca de su desastrado aspecto y la terrible angustia en la que ella vive gracias a él. Cuando coge aire para proseguir con su agónico discurso, el hombre se excusa.

Mamá, voy a dejar el abrigo en la habitación, le dice. La mira por un momento a los ojos y la besa en la mejilla.

Está bien, voy a preparar la mesa. El hombre se dirige a su antigua habitación, cierra la puerta, abre la ventana y se lanza al vacío.

### II

Suena el teléfono por tercera vez. Me resisto a salir de la cama en la que llevo tumbado los últimos días. Mi piel y las sábanas arrugadas bajo las que me escondo del mundo comienzan a rezumar el mismo hedor. La habitación permanece a oscuras, la persiana bajada y la puerta cerrada no me permiten adivinar si es de día o de noche.

El teléfono vuelve a sonar. Hago un esfuerzo titánico para levantarme y arrastro los pies a lo largo del pasillo hasta alcanzar el aparato. El resto de la casa permanece también en penumbra, está anocheciendo. Por fin descuelgo. Al otro lado mi madre se muestra preocupada por mí. Sabe que lo estoy pasando mal, pero eso no me

da derecho a desaparecer, a no dar señales durante días, a olvidarme de ella, a hacer como si el resto del mundo no existiera, me recrimina.

Vendrás a cenar, me ordena.

Camino despacio, con la mirada ausente, como un autómata. Justo antes de llegar al portal de la casa de mis padres escucho cómo alguien me llama por mi nombre desde el otro lado de la calle. Me giro y descubro a Olivia, la mujer con la que coincidí durante mi último internamiento y a la que le tengo un cariño especial. Me alegra ver que ella tiene buen aspecto. Olivia no puede decir lo mismo de mí. Nos reímos, nos abrazamos y prometemos volver a vernos pronto.

### III

Está anocheciendo y Olivia se dirige apresurada a casa. Hoy la consulta con el psiquiatra se ha alargado un poco más que de costumbre, pero está



## DÍAS INTENSOS

Concha García Ros

Me sentía languidecer, a punto estaba de aceptar que ya no habría otra oportunidad. Pero un buen día llegó ella. El tacto de sus manos me despertó, su interés fue capaz de ir desvelando los secretos que durante tanto tiempo habían permanecido en silencio. Decidí que formara parte de su vida, viajábamos juntos en el metro, compartíamos largas horas en el parque, dormía agotada junto a mí. Fueron unos días intensos y dejaron huella, ni ella ni yo somos los mismos. Ahora espero en esta estantería de la biblioteca a que otras manos se decidan a hacerme nacer de nuevo.



## LOS ÚLTIMOS

Susana Revuelta

**N**o hablaban, aunque si lo hubiesen hecho no habrían podido oírse. Debajo de las escafandras, en cuyo dorso podía leerse Sidney McGregor y Alex Smith, los dos últimos supervivientes llevaban tapones y las orejas vendadas para aislarse del crujir de huesos, de los chillidos de las ratas, del zumbido de los miles de insectos que revoloteaban sobre los pedazos de carne humana.

Al salir de sus zulos, después de la explosión, se habían topado con una jauría de carroñeros que masticaban los dedos de una mano, arrancaban los ojos, nariz y labios de una cara y rasgaban a dentelladas y zarpazos el vientre de una mujer embarazada, despedazando como si fuera plastilina el cuerpo del feto no nacido, aún caliente y con latido.

Era más de lo que podía soportar un ser humano. Pero ahí estaban los dos supervivientes, entregados a dar sepultura a tantos cadáveres como pudiesen, hasta que las fuerzas dejaron de acompañarlos. A pedradas, con palos y un soplete que encontraron, los ahuyentaban y durante varios días, mano a mano, los fueron enterrando, bajo la mirada acechante de cientos de pares de ojos, ávidos de carnaza.

Cuando hubieron terminado, echaron a andar por los campos abrasados. Al poco tiempo, caminaban cogidos de la mano y un sentimiento nació entre ambos. Buscarían un lugar donde el aire se pudiera respirar, donde el horizonte fuera azul, no de color malva y morado, donde no oliera a quemado. Donde poder empezar una nueva vida, donde tener esperanza. Una tarde, llegaron a un arroyo de aguas claras y sintiéndose a salvo, decidieron desprenderse de los buzos protectores y los cascos. Completamente desnudos, de pie uno frente al otro, se examinaron de arriba abajo y se abrazaron. Si no hay más supervivientes, pensaron los dos hombres, el fin de la civilización ha llegado.



contenta. El médico le ha dicho que está haciendo grandes progresos e incluso ha conseguido que le reduzca la medicación. No todos los días son tan gratificantes como el de hoy, todavía hay de los otros, pero poco a poco empieza a creer que es capaz de salir adelante.

Cuando va a cruzar la calle Olivia reconoce en la acera de enfrente a Nicolás, un *compañero*, del que hace varios meses que no sabe nada. Grita emocionada su nombre y él se vuelve. Olivia cruza la calle y siente una punzada en el estómago al ver su aspecto. Está demacrado, ha perdido mucho peso y al mirarlo a los ojos entiende que está rozando, otra vez, el abismo. La alegría de encontrarse con él se empaña por un instante, pero ella le sonríe y lo abraza todo lo fuerte que puede. Se despiden no sin antes prometer que volverán a verse pronto.

Cuando apenas los separan cinco metros Olivia se gira de nuevo y como si se tratara de una de sus antiguas pesadillas, ante su incrédula mirada, Nicolás es aplastado por el cuerpo de un hombre idéntico a él caído del cielo.



## MENSTRUACIÓN

Mayte Blasco

**M**e temo que voy a tener que despedirte –me dice el director general en su despacho.

Yo le miro desde abajo, sentada en una silla giratoria demasiado pequeña que me obliga a alzar la vista. No sé si es debido al impacto de la noticia, pero de repente siento un flujo menstrual inesperado, abrupto, que comienza a deslizarse entre mis piernas.



–Y espero que no me vengas con esa chorrada del machismo, porque es un despido completamente procedente – añade el director general expulsando al hablar gotitas de saliva que se van acumulando como espuma blanca y encrespada en la comisura de sus labios.

La sangre fluye entre mis muslos y siento que traspasa mi ropa y se funde con la tapicería plastificada de la silla giratoria. Me pregunto qué pensará el director general, qué me dirá cuando me levante y vea la mancha de mi vestido, la sangre litografiada en la silla de su despacho.

Tus hijos siempre están enfermos y tú siempre tienes que quedarte en casa con ellos. Nunca he visto a unos niños que enfermen tanto. ¿Qué les pasa, que son de cristal?

La hemorragia es cada vez más abundante y pienso que pronto descenderá silla abajo y se topará con el suelo enmoquetado de la oficina. La mancha comenzará justo debajo, junto a mis zapatillas deportivas, y enseguida empezará a expandirse tiñendo de un rojo negruzco la moqueta color beis del despacho del director general.

Puedes colaborar enviando relatos de hasta 1.000 palabras o poemas de hasta 20 versos a [revistapapenfuss@gmail.com](mailto:revistapapenfuss@gmail.com)

Búscanos en Facebook, Twitter, o visita nuestra web:

[www.papenfusslarevista.wordpress.com](http://www.papenfusslarevista.wordpress.com)

Y luego está el asunto del dolor menstrual. No recuerdo que mi esposa, cuando tenía la regla, se quejara de dolor menstrual. Si lo sufría, tal vez tomara una pastilla, o dos o tres o las que fueran menester, y después madrugaba para llevar a los niños al colegio y planchaba mis camisas y hacía la comida y me dejaba la casa como los chorros del oro.

La sangre pronto emanará de mi cuerpo a borbotones expulsando plasma, glóbulos rojos, plaquetas, óvulos caducados, cadáveres de gametos que nunca llegaron a su destino. Y una vez cubierta la moqueta entera, irá amontonándose hasta formar una laguna roja que inundará la oficina.

Así que ya puedes recoger tu finiquito en administración. El despido es efectivo a partir de mañana.

Entonces cogeré un par de carpetas de la mesa flotante del director general, dos carpetas azules con viejos informes mecanografiados por mí con cientos de anotaciones del director general escritas a bolígrafo rojo con una letra inclinada, cabreada, iracunda. Y, arrodillada en la silla giratoria convertida en improvisado kayak, usaré esas dos carpetas a modo de remos y navegaré rápido por el océano escarlata que entonces se habrá extendido al resto del edificio. Remaré deprisa por los pasillos, con toda la fuerza de mis brazos, para llegar a tiempo a recoger a los niños al colegio.



Angélica Morales



Cristina Aguas



Ángeles Mora



Elisa De Armas



Ana Tomás



Sonia Pina



Isabel Bermejo



Verónica Mortissandi



Rakel Ugarriza



Concha García



Susana Revuelta



Mayte Blasco



Api Moreno



Ana Porras



Laura V. Medel



María José López



PAPERFUSS

HAN COLABORADO CON NOSOTROS EN ESTE NÚMERO.



## ALETEO

Api Moreno

Odiaba esas mañanas en las que se sentaban los dos a desayunar y él permanecía ensimismado leyendo el periódico.

Ella coleccionaba mariposas. Las guardaba como un tesoro, en una cajita de cristal.

Para entretener sus desayunos solitarios decidió colocar una mariposa en la pared por cada día que él no le dirigiese la mirada.

Así pasaron varios años hasta que, al fin, él levantó la vista, percatándose de que la pared de la cocina estaba repleta de mariposas.

Entonces miró a su mujer y la vio. Era hermosa.

Ella sonrió, extendió sus alas y levantó el vuelo.

## ASA, MUJER DE LAVANDA

Ana Porras

**A** los pies del monte Fuji descansa Aokigahara, en japonés: mar de árboles.

A la entrada de este bosque templado un cartel reza: "Tu vida es valiosa y te ha sido otorgada por tus padres. Piensa en ellos, en tus hermanos e hijos. Por favor, busca ayuda y no atraveses este lugar solo."

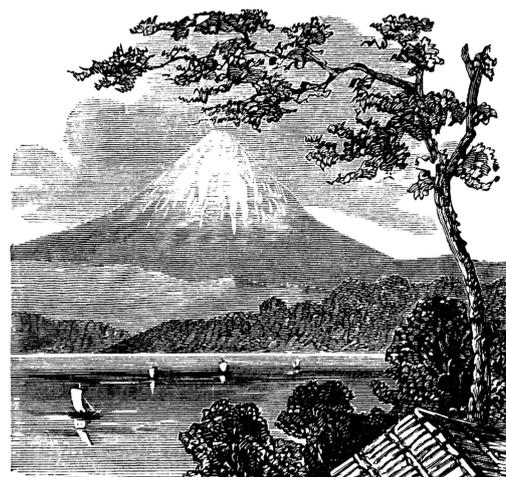
Edel saca su cuaderno de la mochila y comprueba que el bolígrafo funciona, garabateando en una de sus hojas. La arranca después y se asegura de que no queda nada escrito en ninguna página, que ninguna página está manchada.

Edel ha viajado a Japón desde Alemania, porque será en Aokigahara donde al fin podrá ordenar los versos con los que lleva años soñando, pero que nunca recuerda. Esos que una y otra vez dicen su nombre en otro idioma. Aokigahara, en japonés: mar de árboles. Aokigahara: bosque de los suicidios. Deja su mochila junto al cartel y también deja su abrigo y sus zapatos. Y se adentra en el bosque descalzo con su cuaderno inmaculado.

El bosque es un océano verde donde los árboles bloquean al viento. Nada suena. A los pocos pasos se vuelve isotrópico,

como si el bosque fuese un mar y hubiera de pronto mil orillas y ninguna fuera tierra hacia la que remar. Como si en el mar las olas soplasen desde el norte, desde el oeste, el este y desde

el sur a la vez y desapareciesen por tanto el norte y el oeste. Como si en el bosque se borrara el horizonte y arriba y abajo ya no significasen nada. Edel camina mientras el bosque engulle las



diferencias entre lo que una vez se llamó blanco y lo que una vez alguien llamó negro. Cuando Edel da la vuelta sobre sí mismo todos los caminos le parecen iguales. Todos los caminos se han vuelto el mismo y escoja el que escoja todos conducen de vuelta al centro del laberinto. Ahora son solo él y el bosque. Y en el bosque donde nada suena, espera Edel a escuchar su propia voz despierto.

También sin zapatos y vestida en lavanda, Asa camina por el bosque. Y aunque aún no puede verla, Edel oye las ramitas crujir cuando ella las pisa. Cada vez que Asa parte una rama, Edel contesta haciendo chocar dos piedras. Y ramas y piedras se convierten en una sinfonía en crescendo, hasta alcanzar el silencio de nuevo, cuando Asa en lavanda y Edel con el cuaderno immaculado, se encuentran.

Edel saluda en alemán, pero Asa no contesta. Edel saluda en japonés, Asa sonríe, pero tampoco contesta. La joven vestida de lavanda, la joven con la trenza azabache y los ojos delineados, ha venido a perderse en Aokigahara. Edel abre el cuaderno y escribe su nombre. Ella se acerca y escribe Asa. Después lo tacha y ambos nombres desaparecen. El cuaderno sigue en blanco y el viento ha dejado de acunar las hojas. Suspendidas en el aire ya no hacen ruido al caer. Edel lleva su mano a la cara de la mujer a la que alguna vez alguien vez llamó Asa y la mujer responde con un beso mudo y frío. Edel arranca la página y en su cuaderno immaculado escribe: Asa, mujer de lavanda, una coma y coloca el bolígrafo en la línea siguiente. Ambos esperan a que el papel se beba la tinta pero esta vez no la tinta se borra.

Ella se desata el kimono y ata el obi en uno de los árboles gemelos. De pronto, de entre todos los árboles hay un árbol distinto a los demás, un árbol donde rompen las hojas, un árbol que es orilla, un árbol que marca el norte haciendo ondear su bandera de seda. Hay un árbol que ya no es como los demás. Un árbol que tiene nombre. Hay un árbol

que suena y cuyo nombre es el mismo en todos los idiomas.

Edel escribe un segundo verso sobre el hombro blanco que deja asomar el kimono caído. Sobre este hombro pesa ahora todo el deseo del mundo y sin embargo el hombro permanece recto. La mujer se da la vuelta y sigue caminando y las hojas suspendidas reemprenden su marcha al suelo. Ha nacido el horizonte. Y antes de que desaparezca entre los troncos y las hojas, escribe Edel un tercer verso sobre banderas de seda que una ninfa anuda al tronco de los árboles borrosos. Un cuarto verso sobre el recuerdo y los labios que daban besos mudos y congelados, un quinto sobre unos pies descalzos que hacían música con el crujir de las ramas, un sexto sobre una trenza azabache, quizá el más bello, pero que no ha de pronunciarse nunca en voz alta y un séptimo sobre un bosque y un hombre solo.



## DESAPARECIDA

Laura V. Medel

**D**espués de un tiempo prolongado he logrado mimetizarme, casi por completo, con el sustrato del suelo. Mi masa se ha degradado tanto, que la poca ropa que me cobija ya no me embona más. Me volví el alimento favorito del puñado de plantas que ya existían, pero también he ayudado a que nuevas logren brotar. Es lo único visible que queda de mí, allá arriba, pero por desgracia, y por ahora, no hay quienes lo puedan admirar.

Me he acostumbrado a la quietud del sitio. Son pocos los animales que suelen esta área visitar. Por las mañanas el cantar de los pájaros, esparciéndose entre las copas de los dispersos árboles, mejoran un poco el ambiente casi desértico de este lugar.

Accedo a la forma extraña de conciencia que ahora poseo, e intento recapitular. ¿Cómo es que he llegado hasta acá?, me pregunto. La única respuesta que

## ENTRE BALDOSAS VIVE LA SOLEDAD

María José López Tavani



Entre las baldosas vive la soledad  
entre la poesía y el barranco  
se proclama en evangelios sin luz  
y mete la cola peor que el diablo  
a veces lleva un vestido azul eléctrico  
un cigarrillo entre los labios  
una botella de whisky  
un clonazepam  
para bocas

brazos y piernas que se atragantan con polvo de plomo.



hallo es que es difuso lo que logro recordar. Aunque sospecho, por la condición en que ahora me encuentro, todo lo que en el lapso del rapto me llegó a pasar. Aquellos maleantes aquí me vinieron a soterrar. Para cuando eso pasó yo ya no vivía, pero como no he tenido oportunidad de santo sepulcro, tampoco muerta, aún, puedo estar. Mientras esté desaparecida, en este limbo debo aguardar.

Hay algo que se resiste a desvanecerse con fuerza sobrenatural, de mi materia corporal. No me refiero a los cabellos o huesos que por acá abajo están escondidos, hablo de mi esencia apegada desde siempre a mi ser material. Cuando una yace cadáver, el olor del cuerpo se intensifica mucho más, como aferrándose a los vestigios que de éste quedan, como esperando a que algún día, alguien, sobre este suelo comience

a cavar, ser descubierta aroma y así, como último aliento o viento en movimiento, lograr escapar.

Estoy a la espera de percibir cualquier vibración o sonido inusual. Algo que me dé indicios de alguna búsqueda, que me dé la oportunidad de poder estar de vuelta entre los brazos de mi mamá. Si ese día llega, ambas, aunque de maneras distintas, por fin podremos descansar. Porque yo a ella bien la conozco, y sé que desde que no me ha vuelto a ver, tampoco me ha dejado de buscar.



# FINIS